

Supp

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES
DE BARCELONA

DISCURSO

LEÍDO POR EL ACADÉMICO

D. BUENAVENTURA BASSEGODA

EN LA SESIÓN PÚBLICA

celebrada el día 17 de marzo de 1907

BARCELONA
IMPRENTA BARCELONESA
Calle de las Tapias, número 4

1907

KL
/10776

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques



1500611187

DISCURSO

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES
DE BARCELONA

DISCURSO

LEÍDO POR EL ACADÉMICO

D. BUENAVENTURA BASSEGODA

EN LA SESIÓN PÚBLICA

celebrada el día 17 de marzo de 1907



BARCELONA
IMPRENTA BARCELONESA
Calle de las Tapias, número 4

—
1907

Excmo. Sr.:

SEÑORES:

MUCHAS veces, estimados compañeros y amables oyentes que honráis estas solemnidades dando muestras de cultura y de afición al arte, muchas veces, me he sentido presa de encontrados sentimientos al leer en obras históricas que de la arquitectura tratan, y al oír en explicaciones ya académicas, ya populares, tan grandes herejías, que han hecho estremecer de horror todas las fibras sensibles de mi ser, y han puesto en evidencia la supina ignorancia de quienes han escrito los volúmenes á que primero me he referido ó han pronunciado los discursos ó conferencias aludidas. Porque, realmente, es un horror, señores académicos, la existencia de tan grave mal, en esta época de saludable reacción hacia los conocimientos típicos y especiales del arte, con relación no sólo á la cronología, sí que también, y de un modo más intenso, á la geografía, esa ciencia tan generalmente ignorada como útil al género humano para la gobernación política de sus pueblos y para la clave de los estudios históricos y etnográficos. Sí; es realmente censurable que todavía se enseñe en

algunas obras nacionales y extranjeras el uniformismo artístico español, considerando nuestra Península en su conjunto y con completo desconocimiento de sus hermosas variedades, pregonadas por las accidentaciones naturales, por sus condiciones climatológicas, sus lenguas y dialectos, sus usos y costumbres, sus cultivos, sus industrias, sus tesoros geológicos y sus restos de pasadas grandezas; permitiendo suponer construídas en una misma y única plantilla oficial, las catedrales de Santiago, de Sevilla, de Barcelona, de Zaragoza, de Burgos y de Toledo.

Este desconocimiento, esta lamentable gran confusión que domina en cierta parte de nuestra sociedad, á despecho de las grandes instituciones formadas y en formación para combatirla, amenazan con la desaparición del color local en las obras de nuestros artistas, inficionados, á su vez, de cosmopolitismo destructor, defecto que á la postre determina también la destrucción de la personalidad y de los méritos de escuela.

Merced á tan arraigadas preocupaciones van desarrollándose las individualidades artísticas, sin la debida preparación, sin los conocimientos que determinan, en definitiva, la diferenciación de los elementos constitutivos de toda obra de arte y en especial el color local y la actualidad. Y ¿qué es lo que le queda á la creación de un artista, si la despojáis de ambos elementos? Nada, ó, por lo menos, nada que tenga verdadera influencia social; lo que equivale á decir que no está en condiciones para llenar uno de los fines del Arte, que es educar el gusto de las generaciones, de las multitudes.

Si no conoce el artista todos los pormenores, todas las coordenadas que determinan la situación del tema que ha solicitado su atención, que ha hecho latir su corazón y vibrar sus celdillas grises, si no está bien impuesto del abo- lengo de un personaje ó de una institución, si no conoce el lenguaje artístico que debe hablar su obra, ¿cómo puede atreverse á empuñar los pinceles, el escoplo ó el compás,

sin tener la seguridad de que menguado fruto han de producirle sus vigiliass y sus esfuerzos? Por lo tanto, emprenderá su labor azorado y lleno de desmayos y vacilaciones.

Podrá decirse que para tales casos puede disponer de elementos de consulta en bibliotecas y museos, pero yo os diré, señores, que en estas bibliotecas abundan las obras enciclopédicas que sirven el conocimiento preciso ajustado en dimensiones é intensidad á fórmulas impuestas por el negocio editorial; y que en esótrosmuseos pueden encontrarse graves errores de atribución y falta de síntesis.

¡Síntesis!, ésa es la palabra que por fin ha brotado de mis labios, en los que flotaba desde que me obligasteis, con vuestra deferencia, á encargarme de tomar parte en esta sesión solemne, que podríamos llamar ilustración artística del acto de reparto de premios á los alumnos distinguidos por nuestra Academia. Síntesis, pero acertada, justa, estricta, libre de apriorismos de escuela ó de secta, que no sea visión incompleta de una época ó de un hecho, sino feliz consorcio de luces y colores que le den vida real; que sea foco de una lente ó de un espejo donde converjan los hilos brillantes con que la luz sabe entretejer el augusto manto de sus bellezas físicas. Fustel de Coulanges, muerto no hace muchos años (1889), lo dijo: *Un año de análisis para una hora de síntesis*, y paréceme que tuvo razón sobrada, porque éste es el concepto real de la cuestión que someto á vuestro ilustrado juicio. Para poder sintetizar un concepto, una idea, un cuadro, un monumento, una estatua, hace falta el año de análisis de Fustel de Coulanges. Por ello se nota en las esferas del intelectualismo una saludable tendencia, que debemos fomentar y estimular con todas las fuerzas, á analizar por medio del poderoso microscopio de la crítica histórica, documental, monumental y controvertida, el pasado de los pueblos con los que el nuestro haya tenido relaciones ó analogías, para poder establecer de manera clara é indubitable el concepto preciso

y sintético de nuestro arte á través de la historia, á fin de destruir convencionalismos y falsedades consciente ó inconscientemente establecidas, que bastardean por completo la verdad.

Así, pues, me he propuesto contribuir á la tarea predicando con el ejemplo, y voy á ofreceros algunas *Notas sobre la arquitectura catalana*, con lo cual no hago más que aspirar á una modesta cooperación en las improbables tareas que con mayores luces han emprendido queridos maestros y compañeros míos, que han querido honrar á nuestra patria siguiendo las huellas marcadas en Francia por los De Caumont, Viollet le Duc, Dartein, Choisy, y más modernamente André Michel, Brutails y Salomón Reinach. Tengo necesidad de desflorar los trabajos de todos ellos, ya que no es posible deciros algo de ciencia propia; y en la solidez y autoridad de sus conceptos he de establecer las bases de este mi sencillo trabajo, apoyándome en ellos como los arcos de nuestros templos ojivales, que subsisten y perduran apoyados en la masa augusta de los contrafuertes exteriores.

Vengo, pues, á hablaros, señores académicos, de una época que los mas ilustrados arqueólogos han llamado: la alta edad media; que comprende desde la caída del imperio romano de Occidente, hasta los alrededores del año 1200. Los primeros siglos de esta época carecen casi de arquitectura propia, pues apenas tienen historia. Pero, después de largos y laboriosos estudios, emprendidos gracias á las circunstancias menos desfavorables que anteriormente, cuando la Europa occidental sufría aún las violencias de la invasión y de la ocupación, la rudeza y la ignorancia de los nuevos maestros y la falta casi absoluta de recursos de todas clases, se constituyó un nuevo estilo de arquitectura, cuyos monumentos, aunque dotados de un cierto parentesco de aspecto, ofrecían entre sí diferencias muy notables. De ahí, como dice Dartein, el estilo románico, el estilo

lombardo, el de las orillas del Rhin, usados en Italia, España, Francia y Alemania y dentro de los cuales se forman escuelas regionales como la normanda, auvernesa, tolosana y borgoñona en Francia, la catalana, la gallega, la castellana, leonesa y asturiana, la aragonesa y la navarra en nuestro suelo; pero, como todas ellas son variedades de un mismo género, se las ha comprendido dentro de una sola denominación, de arquitectura *románica bizantina*, aceptando la palabra *románica*, que en 1825 se propuso, para designar el arte predominante en Occidente después de Carlomagno y que es producto de la masa romana que estaba identificada y sólidamente arraigada en el suelo europeo gracias á una larga dominación; de la levadura bizantina, que fué más intensa en unos que en otros Estados; y, finalmente, del sello ó molde que le impusieron los conquistadores bárbaros; dando todo ello por resultado que el consorcio del arte romano y del bizantino y la cultura determinada por el estado social producto de las modificaciones introducidas en las costumbres y en la política por pueblos que no tenían arquitectura propia, como los godos, los francos y los longobardos, fuera el más poderoso germen del nuevo arte. Todo lo cual demuestra claramente la mutua relación que existe entre la sociedad política y la arquitectura.

Según Corroyer, la palabra arte románico fué una convención adoptada por De Caumont, quien á su vez la tomó de De Gerville, para designar esa arquitectura que cada arqueólogo bautizara á su antojo con los nombres de lombarda, sajona ó bizantina, y corresponde á la denominación de *romances* dada á las lenguas derivadas de la latina, que tenían de ésta las radicales de sus palabras, como la naciente arquitectura conservaba de la romana sus elementos más fundamentales. Y como nuestra lengua materna, que yo bien quisiera poder usar en este acto para el desarrollo de mi trabajo, tiene su origen en la latina, modificada por los invasores de nuestro suelo, podremos desig-

nar con el nombre de Catalana la arquitectura que tiene sus principios en la época en que se acentúa la formación de nuestra antigua nacionalidad.

Una de las primeras manifestaciones de la aspiración hacia el sagrado ideal de la independencia, tiene lugar en el siglo VIII después que en las orillas del Loira, Carlos Martel detuviera el paso de la invasión sarracena de Abd-al-Rahman, continuando la lucha que anteriormente habían sostenido los elementos romanos con los pueblos iberos y en especial los *Bagaudas*, gentes del terruño que se levantaban contra las injusticias y las depredaciones de los godos y sus amigos los romanos; pueblos ambos que debían llegar más tarde á las manos después de las guerras con los francos y convertir la religión oficial del Estado gótico, de arriana en católica bajo el imperio de Recaredo en el siglo VI.

En estas épocas casi todas las formas de la arquitectura son legado de las civilizaciones romana y bizantina del tiempo de Justiniano, cuyo reinado difundió la luz de la civilización por todo el Oriente hasta el África, donde Belisario venció á los Vándalos. Precisamente en aquellos tiempos, los de Recaredo, al abrazar este Rey pública y oficialmente el catolicismo, une bajo una sola doctrina todo el Reino español de los Godos; aprovechando el estado de esplendor que alcanzara la Iglesia, tres siglos después del edicto de Milán, viene la fundación de las órdenes religiosas, la primera de las cuales se debe á San Benito, que recogió las tradiciones de los primeros anacoretas, San Agustín y San Jerónimo, de cuyas fundaciones beneficia en nuestro suelo uno de los más célebres, el Biclarense, en 588, primer año del reinado de Recaredo.

Hojeando el libro de la Historia tan rápidamente como merece vuestra ilustración, para no molestaros con noticias que conocéis perfectamente; citando de pasada la incursión de los hombres del Norte, los Normandos, que, si bien, según Lampérez, acarrearón grandes males á los

pueblos que dominaron, establecieron, al par, corrientes de ilustración entre la Escandinavia y la Siria, veremos que en esta época persisten las formas del arte latino, modificadas ó groseramente disfrazadas por las bizantinas y aun los restos de edificios de épocas anteriores, á cuyos conjuntos se ha llamado arte visigótico. Pero hasta después del año 1000 no hay que pensar en la creación de un arte completamente definido.

Ya sabéis, señores y queridos compañeros, que la falsa interpretación de un texto sagrado hizo creer á los cristianos en la destrucción del mundo para el año 1000. Después del siglo VIII, que para la civilización es una mancha oscura en la historia de Cataluña, quedaron yermos los campos, desiertas las aldeas, frondosos los bosques, que iban enmarañando sus cabelleras vírgenes, y, ya cristiano el territorio después de sangrientas luchas, vienen los hijos de San Benito como legión bienhechora á ocuparse de la roturación de los terrenos apisonados por los años y las huellas pesadas de los guerreros indomables, y á ser foco de cultura dondequiera que piensen erigir sus monasterios, alrededor de los cuales y en las soledades incultas vendrán á establecerse los primeros restauradores de la agricultura, fuente de la pública prosperidad en todas las épocas. Elegirán las orillas de los ríos caudalosos ó las llanuras extensas susceptibles de remunerar los trabajos de agrícolas culturas. La arquitectura, de que echarán mano esos buenos religiosos, no la llevan consigo, la sacan de la tradición romana y de la realidad existente, de los restos que se han salvado de la destrucción, al paso de los invasores, cuyas luminarias triunfales habían sido, en general, los incendios de las iglesias de tipo latino con techumbre de madera. La arquitectura de esta época es, pues, la que constituye la verdaderamente nacional, porque debe nacer del calor romano latente entonces y siempre, delatando el rescoldo de un fuego potente aun no extinguido; de la luz bizantina que brillaba en Constantinopla á la sazón; de

las reglas y costumbres austeras de la orden que se comunicaban de casa en casa á través de todas las naciones; y de las importaciones de la Siria central, donde iban los cristianos al visitar los Santos Lugares, y donde se erigieron desde que fué provincia romana, una multitud de iglesias y monasterios que tenían distinto tipo de arquitectura según las localidades y, de consiguiente, según los materiales que tenían á mano; así todas las próximas á los bosques fueron de cubierta leñosa, al paso que la tuvieron pétrea las que pudieron explotar canteras. Y aun dentro de este grupo se distinguen las de las comarcas donde hay grandes bloques para poder cubrir pequeños tramos por medio de arcos de refuerzo, y las que sólo tienen pequeños mampuestos para formar bóvedas de cañón seguido por medio de cimbras. Sabéis perfectamente que los romanos usaron esta última clase de bóvedas de origen antiquísimo; que, además, usaron la de arista y también la esférica. Pues bien, en el uso de estos distintos elementos estriba la diferenciación de los caracteres de la arquitectura en aquella época.

En efecto, celosos sus arquitectos de la conservación del santuario y de las reliquias de los Santos, abandonaron el tipo latino de las cubiertas leñosas y empezaron á construir bóvedas de cañón seguido, que en un principio fueron de escaso diámetro y se apoyaban en una imposta ó caveto con que terminaban los paramentos verticales del muro y les daba una gran facilidad para el establecimiento de las cimbras de madera. Para contrarrestar los empujes laterales de estas bóvedas hacían los muros de poca altura y gran espesor, que no se atrevían á perforar con grandes luminare, y en el fondo del *ábside* construían una bóveda en cuarto de esfera, que recordaba todavía las basílicas latinas que se encuentran formando parte de los Foros.

Así, pues, los primitivos monasterios, fundados directamente por San Benito, muerto en 545, empezarían á agruparse rudamente al rededor de un oratorio sencillísimo construido en el modo y forma propio de la época; al paso que

los erigidos después de las grandes invasiones en los siglos ix al xii, recordaron ya directamente los grandes edificios romanos urbanos y rústicos. De Caumont establece un paralelo entre una *villa urbana* ó *praetorium* y un monasterio del siglo xii, en el cual solo hay de nuevo el elemento iglesia, que ocupa invariablemente el lado Norte del claustro, correspondiente al *perystilo*, mientras que el *tablinum* se convierte en sala capitular y las cocinas y refectorios ó *triclinia* conservan la misma posición en el lado del claustro opuesto al de la iglesia.

El resto de la arquitectura civil parece conservar más fielmente el tipo romano de la casa; pero en aquella época todas las manifestaciones arquitectónicas más importantes corresponden á los edificios religiosos, puesto que las sociedades en reconstitución cifraban todas sus anhelos en el favor divino y, por lo tanto, contribuían con todas sus fuerzas al sostenimiento de la casa de Dios y al esplendor de los divinos cultos. El terror supersticioso de la destrucción del mundo, al llegar el año 1000 de la Encarnación, debido, como ya os he dicho, á una antigua tradición y que acercó aun más el pueblo á los ministros del Señor, acrecentó la protección que les venía prestando, pues los hombres, temerosos del juicio final, daban en ofrenda pública todos sus tesoros á las iglesias y fundaciones religiosas. Según Michelet, esta fecha terrible, que nuestro gran poeta Angel Guimerá ha descrito con majestuosa sobriedad, vió aumentado el terror que inspiró al mundo con una serie de calamidades, hijas sin duda de las devastaciones de los tiempos anteriores, pero que hirieron el ánimo del pueblo con su terrible azote. Las estaciones parecían trocadas y parecían invertidas las leyes de los elementos. Una peste terrible asoló la Aquitania; los enfermos sentían roídas sus carnes por un fuego extraño que las hacía desprender de los huesos en fétida podredumbre, y para librarse del mal llenaban los caminos dirigiéndose á los lugares de peregrinación, cuyos templos invadían, estrujándose en las angos-

tas puertas. Pero, cuando hubo pasado la fecha fatal, la humanidad sintióse renacer á una nueva vida y entonó un intenso canto de gratitud al Dios misericordioso que les salvara de la muerte. De ahí inmensas peregrinaciones á los Santos Lugares, precursoras de las Cruzadas, para visitar la tumba de Nuestro Señor. De ahí ese gran movimiento religioso de la Europa, regenerador de la fe, que hizo poblar su suelo de magníficos edificios y que constituyen un gran paso hacia el progreso de la arquitectura románica. El cronista Raoul de Glaber, muerto en 1050, nos describe ese movimiento: «Diríase que el mundo, sacudiendo sus viejos harapos, quería revestirse en todas partes con el blanco vestido de las iglesias. Todos los edificios religiosos, catedrales, capillas de los santos é iglesias de los pueblos, se convirtieron, gracias á los fieles, en algo mejor.» Este algo mejor, dice Reinach, es, sin duda, la construcción abovedada en piedra; es la arquitectura románica.

Habéis visto, aunque mal bosquejado, el cuadro de la época que le dió vida y las distintas influencias que, actuando sobre el arte romano, la modificaron hasta hacerla cristalizar en los distintos sistemas correspondientes á las varias escuelas regionales. Por ello Quicherat, en sus *Mélanges*, publicadas por Lasteyrie, dice que la arquitectura románica «es aquella que ha dejado de ser romana aunque conservando mucho de romano y que no es gótica aunque tenga ya algo de gótica», y el gran Viollet le Duc dice que «en la arquitectura románica occidental, al lado de las persistentes tradiciones latinas, se encuentra siempre una evidente influencia bizantina por la introducción de la cúpula».

Al surgir la grandiosa y legendaria figura de Carlomagno, que es consagrado emperador de Occidente, se inicia una época llamada de Renacimiento, por cuanto es incomparable el celo que despliega el nuevo soberano, en punto á la restauración de los antiguos monumentos y á la erección de nuevas iglesias. Todas las artes suntuarias benefi-

ciaron del esplendor con que supo revestir todos los actos de su corte el nuevo emperador, cuya gran personalidad ensalzan las crónicas y rodea el pueblo de los más altos prestigios, hasta el punto de que, rodando el tiempo, se le prestó culto en los altares (Catedral de Gerona) y se disputaron como preciosas reliquias, los objetos, joyas y trajes que le habían pertenecido. El furor iconoclasta de Bizancio llamó á la corte de Carlomagno la civilización bizantina y aun la persa y la griega, si no fueron las tres unidas una sola en aquella época. Pero el viaje de esos artistas orientales tuvo en Italia y en la Magna Grecia un asilo, como lo prueban los monumentos del exarcato de Rávena y los sicilianos, influídos directamente por el esplendor oriental. Así, pues, esas influencias pasaron á nuestro suelo por el intermedio del suelo itálico y especialmente por la Italia cisalpina, cuna del arte lombardo, cuya influencia particular fué para nosotros decisiva.

Antes de constituirse Barcelona en capital de la marca hispánica bajo Luis el Benigno, rey de los francos, se fundaron ya y reconstruyeron iglesias como la de Urgel y los monasterios de Bañolas, Arlés de Rosellón y Amer, que corresponden á las primeras épocas de formación del arte románico. Eran aquéllas, como dice Aulestia, algo á la manera de las épocas caóticas de los tiempos geológicos en las cuales se engendraba la tierra en las entrañas de la masa cósmica. Así en el siglo ix, durante su primer cuarto, los monarcas francos conquistaron la vieja Cataluña. En el segundo y tercero se establecen en ella gobernadores dependientes de la soberanía franca, que se sublevan á la postre con manifiesta tendencia á resucitar el espíritu godo ó nacional y emanciparse del dominio franco. Y en el último cuarto de siglo los gobernadores ó cómites pasan de amovibles á hereditarios, siendo Wifredo el Piloso el primero de una dinastía que se hace pronto independiente ó soberana. Luis el Benigno, á quien su padre Carlomagno confiara el reino de Aquitania, acudió á conquistar Bar-

celona de los Sarracenos, que al mando del walí Zeid la poseían, logrando que se rindiera en octubre de 801, quedando constituida la *Marca hispánica* en unos tiempos en que la Iglesia, gracias al poderío del emperador cristiano de Occidente, extendía su inmenso poder hasta los confines de Bélgica, Inglaterra, Alemania y la lejana Escandinavia. Ella era en medio de las sociedades civiles semibárbaras el principio supremo de la cultura y de la moral. Recibía, dice Aulestia, la protección decidida de los magnates y de los condes y marqueses de los nuevos territorios conquistados, que tenían en ella, y especialmente en las órdenes monásticas, un poderoso auxiliar para la restauración de los pueblos y el fomento de las artes y la agricultura. Mientras las viejas diócesis de Barcelona (cuyo templo de Santa Cruz respetaron los infieles), Vich y Gerona obtenían nuevas tierras y alodios y se reconstruían las derruidas catedrales, como la de Urgel en 819, los monjes hijos de San Benito obtenían grandes ventajas y pronto en medio de un terreno recién cultivado levantaba sus muros una modesta abadía como la de Arlés, la de Gerri, la de San Quirse de Culera, que con el tiempo habían de ser famosas y extender su protección bienhechora á largas distancias, haciendo renacer, como os he dicho antes, las antiguas *villas* romanas, los pueblos en ruinas y los *mansos* abandonados.

Wifredo el Velloso, de estirpe condal de Ausona, según Roca y Farreras, de la familia de Guillermo de Tolosa, señor del Castillo de Riá, en Rosellón, y nieto del conde Borrell de Ausona, fué el reconquistador ó repoblador de toda la alta Cataluña, desde los valles del Ter y el llano de Vich hacia las orillas del Segre y hacia Mediodía del Montserrat y tierras próximas; fué el fundador de nuestra nacionalidad y dotó espléndidamente iglesias y monasterios, especialmente la de Ripoll en 888, cuya comarca puede considerarse como cuna de nuestra independencia; en ella Wifredo sentó los cimientos del edificio político-religioso, y gracias á su soberanía hereditaria pudo, al

restaurar la vieja Sede Ausonense, fundar los monasterios de San Juan de las Abadesas y Santa María de Ripoll, donde mil años después debían descansar tranquilamente sus cenizas, depositadas durante largos años en el Archivo de la Corona de Aragón.

Dejemos á Aulestia reconstituir el cuadro animadísimo que ofreció la villa ripollense en las calendas de mayo, en que se consagró y dedicó el templo con asistencia del prelado ausonense Godmaro y sus ministros delante de los condes Wifredo y Winidildis, y dediquemos un recuerdo al ilustrado sucesor de tal prelado, al Ilmo. Sr. Dr. don José Morgades y Gili, que tomó sobre sus hombros la pesada tarea de restaurar la iglesia ripollense; y á nuestros compañeros D. Elías Rogent y D. José Artigas.

No han sido siempre, como sabéis, los montes Pirineos frontera de nuestra nación, y así comprenderé en estas notas los tierras de lengua catalana donde el arte románico se desarrolló al mismo compás que en la propiamente llamada Cataluña. Á uno y otro lado de la cordillera surgían fundaciones religiosas que iban extendiendo la cultura y la moral por entre aquellas gentes burdas y férreas, cuyas costumbres dulcificaba; y al morir Wifredo, dice el historiador moderno de quien seguimos las huellas, quedaba recobrada la tierra de promisión, y la patria aparecía unida y fuerte como un gran escudo en cuyos extremos brillaban las nevadas cimas del Canigó y las crestas doradas del Montserrat, coronadas por la cruz, las azules playas mediterráneas y la cinta argentada del bullicioso Segre. Su sucesor Borrell II tiene que defenderse de los ataques últimos y terribles de las huestes agarenas, que bajan cual impetuoso torrente desde Santiago de Compostela á Barcelona, á la voz de su caudillo Almanzor. En esta época acaba la dinastía fundada por Carlomagno, la gran figura imperial franco-latina de Occidente, cuya influencia se dejó sentir tan intensamente, según antes os he dicho, en las artes de nuestro país; época, además, en que Cataluña tiende el vuelo sola.

Éste es el siglo en que se elevan los grandes monumentos y en que la arquitectura románica ve ya realizados sus ideales, y, libre de las vacilaciones con que pasaba del romano al nuevo estilo, influído, no obstante, por Oriente (Persia, Arabia, Grecia, Bizancio); por los artistas emigrados de la Lombardía *maestri comacini*, cuya intervención en nuestro país fué decisiva; por los elementos borgoñones procedentes de la gran abadía de Cluny y por las irradiaciones artísticas del foco de cultura que existía en el Condado de Tolosa, adquiere ya el sello definitivo del color local y queda constituida la escuela catalana, del mismo modo que se distinguen ya en España las demás regionales, como la asturiana, leonesa, castellana, navarra, etc.

El estilo se ha fijado ya en sus obras y parte de principios inmutables, no exóticos, como los planos de abadías benedictinas á base de la de San Gall, que servían para todos los de la orden, y cuyas explicaciones eran en verso, constituyendo una serie de reglas generales, algo á modo de leyenda popular entre los religiosos. Sobre los muros románicos se eleva siempre el semicañón de arco de medio punto. El ábside termina en nicho; si hay tres naves, se acusan al exterior por medio de los diferentes niveles de cubierta y se separan al interior por medio de pilares ó columnas monocilíndricas, y las naves laterales pasan por detrás del ábside formando girola. Las ventanas perforan los muros y tímidamente algunas columnas cilíndricas se adosan á sus aristas y á las de las puertas de tímpano semicircular con ó sin escultura (Mura, San Pablo), que en un principio es casi trabajado á planos y con motivos geométricos y de poco relieve (influencia árabe). Ha terminado, pues, la época en que los hombres del siglo ix levantaron las iglesias de San Pedro y San Miguel de Tarrasa de *transseptum* terminado en ábside como en San Vicente de Torelló (desaparecida) y posteriormente en Montgrony, San Nicolás de Gerona y San Pol de San Juan de las Abadesas; Tona, Llussá y Pobla de Lillet, de bóvedas vaídas

en los cimborios, recordando á Santa Sofía, San Vital de Rávena, como en Tarrasa mismo. El constructor románico de esa época de constitución definitiva no abandona el arco de medio punto como generador de sus arcos y sus bóvedas, por más que en cuanto á este punto haya alguna excepción con tendencia á la forma de herradura, como San Miguel de Olérdola, San Felú de Guíxols, San Felú de Boada, Pedret cerca de Berga, Porqueras sobre el estanque de Bañolas, San Pablo de Tarragona y los arcos del claustro y arquerías de cornisa de la Sede Tarraconense, sin que por ello llegue á constituirse un arte á base de árabe; es un perfume que no altera la esencia del objeto, el saborete de un condimento que no penetra íntimamente en el manjar: no es de ninguna manera el arte muzárabe que se forma en el resto de España.

En 953 se dedica á San Miguel la nueva iglesia del monasterio de Cuxá en el Conflent por el conde Seniofredo, «el varón ilustre de edad juvenil nacido de clara estirpe», según dice el acta, y consagrada en 974 por los obispos de Elna, Gerona, Ausona, Urgel, Tolosa, Cosserans y Carcasona. En 957 la de San Esteban de Bañolas es consagrada por el obispo Arnulfo de Ausona en substitución de la antigua, destruída por los *execrables paganos*. En 972 la de San Benet de Bages, que ha llegado casi íntegra hasta nosotros, es levantada por los esposos Salla, indudablemente antecesor del Santo Juan Bautista, fundador de las escuelas cristianas, y en 977, el conde Oliva funda el monasterio de Serrateix, y la segunda iglesia de Ripoll por el conde Borrell, así como la soberbia de San Pedro de Besalú, que todavía se admira reflejando su mole en las aguas del Fluviá. Es, por lo tanto, el siglo x de luz y de progreso en las artes, puesto que de la arquitectura irradiaba el fuego sacro á la artes suntuarias, que son su adorno y el complemento de su expresión; creándose obras de arquitectura menor, la talla y la carpintería, y dotando la cerrajería, la orfebrería y los tejidos de bellísimos objetos, adornos y uten-

silios á las iglesias y monasterios. Siglo, en fin, en que se construyen obras como la Seo de Urgel, San Quirico de Culera, San Pedro de las Puellas, San Pablo del Campo, los monasterios de Rosas y de San Miguel de Cruilles, San Feliu de Guíxols y San Cugat del Vallés, además de los antes citados de Cuxá, Bages, Besalú, Serrateix y Ripoll, puede llamarse con orgullo, de ilustración superior á la de otras comarcas que se hallaban en considerable atraso. Así cuando la tierra se estremecía con las embestidas de normandos y sarracenos, y los hombres, abdicando de su libertad, se acogían en los monasterios, florecía en el corazón de la vieja Cataluña, y á la sombra de la Sede Ausonense, la escuela de Otón, donde acudía sediento de saber, para aprender las artes, la física y las matemáticas, dejando su monasterio de Aurillach, en tierras de Auvernia, el famoso Gerberto, tenido por hombre extraordinario en la catedral de Rávena, en la Corte de Otón III y en la misma Sede Romana.

Mientras en el Norte de Francia se esfuerzan los arquitectos en cubrir con bóvedas las basílicas romanas y no encuentran otras soluciones que las romanas: las bóvedas por arista, que son tendencias hacia un nuevo arte, el ojival; y en el Perigord y en el Poitou, cubren con cúpulas bizantinas, tenemos ya en vistas del año 1000 encontrada la solución: cubrimos con un cañón seguido la nave central, y los claustros y las laterales con cuartos de círculo, constituyendo lo que Viollet le Duc llama arbotantes continuos. De modo, pues, que, si Francia considera de escuela propia las iglesias del siglo xi cubiertas así, bien podemos llamar catalanas á las de Besalú, San Llorens de Munt, Lladó, San Pedro de Roda y Ripoll, que les ade'antan medio siglo.

Observemos también los progresos del estilo al entrar en el undécimo siglo y veremos que es siempre á base de estructura-romano catalana.

Sin abandonar la bóveda de cañón seguido, en la que

se incrustaban los arcos de refuerzo de tradición romana, se acusan éstos al exterior, como puede verse en todas las abaciales benedictinas, dando lugar á suponer que es de influencia exterior. Véase la iglesia rosellonesa del Ríquer, consagrada en 1073, la de Sant Genís las Fonts (1153), Sant Joan de Perpinyá (1025), Sant Martí de Canigó (1009). En las aristas de jambas y de pilares cruciformes se inician aspiraciones decorativas y aparecen paulatinamente las columnas llenando ángulos entrantes cortando los salientes, para substituir más tarde en el muro de los ábsides las columnas cilíndricas á las bandas lombardas (Urgel, Santa Cecilia y San Miguel de Montserrat, Ripoll, San Pedro de Tarrasa, San Jaime de Frontanyá, y, en general, las de Conflent, Rosellón y Cerdaña) de uso constante en nuestra arquitectura y que, junto con los arquillos apeados formando cornisa y los frisos de redientes con prismas triangulares, dan carácter á los varios miembros de la familia románica catalana. Así, dice Puig, la iglesia de San Pedro de Besalú se convierte en la más rica del castillo de los antiguos condes bisuldunenses. Los ábsides sencillos se decoran, pero la esencia no muda; los claustros pirenaicos se enriquecen, pero no se desnaturalizan; el arte va llegando paulatinamente á su más alto esplendor en las iglesias del siglo xi y en los monasterios, que á la muerte de Ermesindis son ya en número considerable. (1)

En 1038 se consagran las catedrales de Vich y de Girona y veinte años más tarde la de Barcelona por Wifredo

(1) Cita en su testamento y lega cantidad de mancosos á los siguientes: San Pedro de Galligans, Santa María de Amer, Sant Felíu de Guíxols, San Miguel de Cruilles, Santa María de Cerviá, San Miguel de Fluviá, Sant Esteve de Banyolas, Sant Pere de Besalú, Sant Llorens del Munt, Sant Salvador de Breda, Sant Pau de Marítima (San Pol de Maresma), Sant Pere de les Puelles, Sant Cugat Mártir (Vallés), Santa Cecilia de Montserrat, Sant Miquel del Fay, Sant Benet de Bages, Sant Sebastiá de Penedés (dels Gorchs), Sant Pere de Casserras, Santa María de Ripoll, Sant Miquel de Cuixá, Sant Pere de Rodas, Santa María de Armenrodas, Sant Quirse de Colera, Santa María d'Arlés y Sant Pere de Camprodón.

arzobispo de Narbona, Rambaldo de Arlés, Guillermo de Urgel, Guillermo de Vich, Berenguer de Gerona, Arnaldo de Elne y Paterno de Tortosa, diócesis que aparece por vez primera en los documentos y prueba que nuestros condes tenían influencia aun dentro de las tierras mahometanas. Se consagran, además, San Daniel de Gerona (1017), Arlés (1046), Cerviá (1053), Castellón y el Munt (1064), San Miguel de Fluviá (1066), Elna (1069), Ríquer (1073), y, á últimos de siglo, Vilabertrán.

Nos hallamos ya en el segundo período del arte románico, que revistió de singulares detalles el esqueleto de las construcciones de la primera. Multiplíquense en las portadas las arquivoltas y las columnas; encima se abren hermosos rosetones de columnitas radiales unidas por arquivoltas y círculos, y en las masas amazacotadas de los pilares y los ábsides se adosan medias columnas con imaginería en los capiteles, sosteniendo ricas impostas y arquivoltas decoradas prolijamente, mientras que á un lado, cabe la fábrica hermosa de las iglesias con arcos torales, se distinguen los claustros sacudiendo su modesto cuanto primitivo ropaje, y el capitel corintio de forma rudimentaria es substituído por el de labor septentrional, de animales orientales, ó de la fauna y flora del país que el imaginero de la época se complace en reproducir. Estos adelantos trascienden á las artes suntuarias, y en ornamentos y objetos del culto se nota á primera vista un manifiesto progreso. Los magnates hacen legado de todos sus objetos, aun los de recreo, á las iglesias y monasterios, cual el conde Armengol de Urgel con su juego de ajedrez á San Egidio y la propia Ermesindis otro de cristal á San Egidio de Nimes, á San Quírico oro y plata para una cruz y á Santa María de Gerona su mejor breviario y otros legados de telas y vajilla; ornamentos á las iglesias, en especial los frontales de Sant Felú de Guíxols, de Ripoll y el célebre de Gerona que subsistió hasta la invasión francesa de los comienzos del

siglo XIX, y del cual nos dió traslado el malogrado arquitecto húngaro Schultz Ferenzc. (1)

De esta época data el famoso código de los *Usatges* (Usualia), el primer cuerpo legal formulado en Occidente, después de la invasión agarena y de la caída del imperio carlovingio, proclamando perfectamente la original constitución de la sociedad de aquellos siglos, mezcla íntima de barbarie y de pensamientos humanitarios. Avanza la época y se verifica la unión de la dinastía aragonesa con la condal catalana, nacida de un pequeño feudo del imperio franco, pero que, no obstante, en menos de tres siglos se convierte en una nación poderosa que conquista Tortosa y Lérida y las regiones pirenaicas y da las primeras y notables pruebas del sistema representativo, crea la vida municipal y por consecuencia la autonomía local, fuente para el fomento de las artes y el comercio y que más tarde debe servir de base á la creación de los gremios. Murió, pues, Ramón Berenguer IV, dejándolo todo preparado para que Cataluña pudiera seguir sin estorbo su vía gloriosa. Algunas de las fundaciones religiosas que más debían acreditarnos á nuestros propios ojos, quedaban instituídas: Santas Creus, fundado por la familia de los Moncada desde las llanuras de Ancosa pasa en 1157 á las verdes orillas del Gayá; y Poblet (1189), fundado por expresa voluntad del conde Ramón Berenguer, al pie de los montes de Prades, último baluarte y hazaña postrera de la Reconquista y donde su hijo Ramón, ó sea Alfonso el Casto, elige la sepultura de

(1) Nuestro museo de Barcelona se honra con dos frontales en relieve, aproximadamente de esta época: el de Sant Sadurní de Tabernolas (Anserall) y el de Planés. Ambos parecen ser trasunto hecho por artista catalán, de las obras de orfebrería lombarda de inspiración oriental y de inusitada riqueza como los que acabo de citar de Ripoll y Gerona. Otros dos hay: el de Sant Cugat del Vallés, que vaga ignorado por esos mundos, y el que se guarda en el museo de Lérida. En todos, la perfección de la factura en pasta de yeso y la vivacidad de la pintura, substituyen las gemmas y piedras preciosas de los lombardos.

sus restos mortales en vez del antiguo y tradicional cenobio ripollense, al cual, en *compensación de su sepultura*, lega los molinos de Ribas. Deja además de la herencia al trono cuantiosos legados á los más famosos santuarios de la cristiandad: Santos Pedro y Pablo de Roma, Santa María del Puy y Rocamador, Santo Tomás de Cantorbéry, Santiago de Galicia, San Nicolás de Bari y San Angel de Montegargano, así como á las más famosas órdenes, como las del Cister, de Grandmont y la Cartuja. Tan notable documento nos informa de que en tal época se construían los monasterios de Scala-Dei y Santas Creus y la Catedral de Tarragona empezada en 1131.

Había llegado el estilo románico á su tercera época ó sea la del último grado de perfección, desde el cual parecía mostrar tendencia á convertirse en gótico ú ojival, según pretenden algunos, por presentarse en las bóvedas de los templos el arco apuntado, siendo así que tal forma procede de Oriente y, según Viollet, de la que afecta un arco cuando se quiebra por faltarle los estribos. Á la ruda parquedad, si no pobreza, de ornamentos y proporciones de la primera época, y á la simplicidad de las líneas que caracteriza á la segunda, sucede esta última, que ensancha las áreas, adorna pilares y columnas, enriquece portadas y ábsides y levanta las bóvedas á su mayor altura, gracias á la adopción del arco apuntado y á la construcción de contrafuertes rudimentarios exteriores sobre los arcos torales.

De todas maneras, nótese en el siglo XIII algo importante que modifica, aunque no esencialmente, el estilo. El reinado de Jaime el Conquistador impulsa el progreso en todos los órdenes, y los sucesos más culminantes de la época, la herejía de los albigenses, las conquistas de Valencia, Mallorca y Murcia, la fundación de órdenes religiosas por Santo Domingo de Guzmán y por San Francisco de Asís, influyen poderosamente en el arte arquitectónico.

La iglesia del castillo de Sant Martí Sarroca, restaurada hace poco por Puig y Cadafalch, que envidian las de los

castillos de Olérdola y Cardona (1), ofrece el cañón de la bóveda apuntado y, en cambio, el ábside y la portada de una gran suntuosidad, basada, no en la riqueza, sino en el acertado contraste de las masas lisas con las decoradas, como se ve en Porqueras y en San Pedro de Roda, esta última con dos órdenes sobrepuestos. Establécese en algunas iglesias el cimborio sobre pechinas, de tradición oriental y sino primitivo, como en San Pedro de Tarrasa, San Benet de Bages y Camprodón, de forma esférica atrevida, demostrando, no obstante, que el autor ha oído campanas, más no sabe precisamente entenderlas en su lenguaje simbólico. Todo el Occidente de Cataluña se llena de iglesias cuya terminación participará del estilo ojival. En 1203 se empieza la Seo de Lérida, que en 1278 es cubierta con arcos ojivales. Lo mismo sucede en Vallbona de las Monjas y en Agramunt y Ripoll, cuyas portadas riquísimas compiten con el famoso pórtico de la Gloria compostelano, del maestro Mateos. En Lérida mismo, á pesar de la introducción del estilo que por vez primera se usó en Barcelona, en Santa Catalina, con toda la perfección y la seguridad de un problema resuelto, lo propio que San Francisco (1297), se levantan las portadas del Ave María y dels Fillols, copiada en Valencia, en el siglo xiv, en la del Temple, usándose, al igual que en Poblet, los modillones en vez de los arquillos lombardos; y los claustros de esta fecha y del xv vuelven sus ojos al arte románico, como San Juan de las Abadesas, Santa Ana, Junqueras, Montesión, la Diputación y Montserrat, inspirados sin duda en Santo Domingo de Gerona y de Perpiñan, y en Ripoll se construyen en plena forma del siglo xii á principios del xiv.

La guerra religiosa de los albigenses fué tan política como religiosa: fué del Norte, de la Isla de Francia, contra el Sur, la Provenza y el Languedoc, la tierra de los trovadores latinos y la de los sajones y normandos. En una

(1) La Il·lustració Catalana. — Any IV, núm. 183.

palabra, el arte gótico contra el arte románico. Francia contra el Condado de Tolosa. La cruzada de Simón de Monfort, al vencer al conde de Foix y á Pedro el Católico, asentó su planta sobre la civilización románica aquitana, que vino á buscar albergue en nuestra pátria, donde todavía se conservaba la lengua de Oc; el florido arte de la escuela tolosana, que creara obras tan bellas como San Trófimo de Arles, viene á colgar las flores de sus capiteles en las iglesias catalanas, dice Puig, cobijándose en los claustros y bajo las bóvedas ojivales, que nos trajeron, ya hechas y resueltas, los hijos de Alberto el Magno y del Abad Didier; viviendo entre nosotros como el alma del país, como el hálito de la tierra madre.

Uno de los accesorios que más distinguen los monumentos de la época románica en Cataluña y asimismo en el Rosellón, que con él tuvo siempre convivencia artística, es la torre campanario de planta cuadrada, que es tradición directa de los lombardos y data de la más remota antigüedad. En Roma se ve aún hoy día la torre ó campanil de Santa María en Cosmedin de 777, de siete pisos y que puede considerarse prototipo de las catalanas. En nuestro país empiezan á construirse en las regiones pirenaicas, por donde se nos comunica la influencia de la Italia cisalpina. Ofrece, no obstante, carácter propio y peculiar que diferencia los catalanes de los aragoneses y de los del Noroeste de España, como lo prueban sus remates almenados. Así vemos los dos de Cuixá, San Martín de Canigó, Vilafranca y Cornellá de Conflent, Costojos, Sagorra, Taurinyá, Espira de la Gli, Serrabona, Prades, Sant Joan de Perpinyá (1025), San Andrés de Sureda, Arles, Castelló de Ampurias, San Miguel de Fluviá, Vilabertrán, Elna, Gerona, Vich, San Vicente de Torelló, Ripoll, San Cugat del Vallés, constituyendo una dependencia, tanto de orden utilitario (el servicio de las campanas) cuanto de defensa del templo, por constituir un último reducto en caso de ataque, muy común en aquellas épocas. Hay que advertir, sin embargo,

que muchos de éstos han sido construídos en pleno siglo XIII y aún en el XIV, á pesar de hacer alarde de todas las elegancias de cornisas, frisos y pilares del estilo lombardo.

Esto es una prueba más de cuán intensamente arraigó entre nosotros el estilo románico, que, por lo tanto, consideramos como el nacional de Cataluña, no sólo por haber nacido y haberse desarrollado en el período constitutivo de su nacionalidad, sino, además, por haberse distinguido tanto del resto de España, y por haber tan intensamente cuajado en nuestro territorio. Tanto es así, que André Michel dice que la arquitectura románica no existe más que en las partes del Norte y del Oeste de España, que fueron cristianas antes del siglo XIII.

En efecto, después de la guerra religiosa de los albigenses, se funda en el Languedoc la orden dominicana, y al propio tiempo, en 1219, erigese en Barcelona el primer convento de la orden, el de Santa Catalina, de traza completamente gótica, hecha sin vacilaciones, acusando desde su disposición hasta la flecha ó chapitel de su campanario, una mano extranjera, tal vez pareja de la que procedente del Norte había levantado las catedrales góticas de Limoges, Clermont y Narbona. Vienen después las catedrales de Barcelona y de Gerona, severamente grandiosas. (1) En esa misma ciudad, el obispo Berenguer de Castellbisbal, á quien Jaime I hizo cortar la lengua, erige Santo Domingo en 1253, ofreciendo un claustro de disposición románica, columnas aparejadas y arcos góticos, ejemplar único en su género. Poco después, 1269, se erige Junqueras, y todo hace pensar que va á adoptarse el nuevo estilo, que los germanos llaman *opus francigenum* (2);

(1) Véase la conferencia dada por el autor en el Ateneo Barcelonés, el día 25 de abril de 1896.

(2) Anthyme de S. Paul dice que un maestro venido de Francia, *de villa Parisiensi e partibus Franciae*, importó el estilo ojival á Wimpfen, donde fué llamado á construir entre los años 1268 y 1278 *ex sectis lapidibus opere francigeno*, la catedral en piedra.

mas dos años transcurren y el obispo Arnaldo de Gurb erige la Capilla de las once mil Vírgenes, hoy Santa Lucía, en nuestra Catedral, de hermosa portada románica, espadaña y bóveda interior de arco apuntado. En 1278 se construye la Sede Ilerdense, de estilo románico en cuanto á disposición y gótico en algún detalle. En 1243 se levanta el puente de Martorell sobre los restos romanos, y en el propio año pasamos de los arcos ojivales del mismo á la rica y hermosa portada que los tejedores de la villa de Agramunt costean para su iglesia parroquial. Tres años más tarde se construye la iglesia de Franciscanos de Montblanch, de traza gótica, y un año después el Carmen de Barcelona se cubre con arcos y vigas á la usanza románica y se labran los calados y arquerías del Tesoro de Poblet, cuyos ventanales ostentan dibujo gótico muy primitivo, y, al propio tiempo, una decoración románica oriental; de la misma época datan los arcos de las tres alas del claustro del propio Cenobio, con arcos torales, sin pilares y sin contrafuerte exterior. Se combate por doquier, y así en Santo Domingo de Puigcerdá se ve una portada de 1288, parecida á la de la Seo de Urgel, en que luchan los dos elementos, mientras que entonces, y en San Francisco de Barcelona, se nos muestra esta lucha en su iglesia y claustro, francamente góticos, de gran perfección.

Nuestra última Catedral es empezada en su ábside por Jaime II en 1298, con disposición gótica, debida á Jaime Fabre. Pero observad la portada de San Ivo y decidme si no trasciende á romanismo por sus cuatro costados. Y después de esto llegamos á los últimos años del siglo, en que se erigen la portada y el campanario de la Sede Tarraconense, al propio tiempo que las bibliotecas, la bodega y el dormitorio de Novicios de Poblet, en los que se ven barajados los dos estilos dominantes. Alguien ha hablado de transición ó de gótico primitivo. Yo creo que no se trata de eso, sino de románico perfeccionado hasta la simplicidad, puesto que ya sabéis que esta con-

dición no es peculiar de los estilos primitivos. Éstos suelen presentar por contra complicaciones y groserías.

Todo lo que acabo de manifestaros es prueba de que, por lo que á Cataluña se refiere, el siglo XIII no es de transición de estilos, sino de perfeccionamiento del románico. El XIV es aquel en que los arquitectos catalanes se asimilan el gótico, pero siempre dentro de su modo de ver el arte, con vistas al románico, si no al romano, que perdura en la lengua, en las leyes, en las costumbres. La Catedral de Barcelona es prueba del modo como el artista catalán interpreta el arte exótico. Adopta su estructura constructiva, pero á su manera. En ella, según Milá y Fontanals, el artista sabe hermanar tan harmónicamente el arco semicircular con el ojival, que es la admiración de propios y extraños.

De esta época datan monumentos que conservan, en medio de lineamientos góticos, la estructura románica, de la cual es tónica constante el arco de medio punto, como el *leitmotive* de una sinfonía wagneriana. Así en la puerta de la capilla Real de Mallorca, hoy día trasladada á la Almudaina, parecida á la del Castillo de Perpiñán; la Capilla de los reyes de Aragón (Santa Águeda), de cubierta romanizada, al igual que la iglesia del Hospital de San Juan de Vilafranca; la puerta del Ave María de la iglesia del Pino, románica con arco ojival; las fortificaciones de Pedro IV en Poblet, con su célebre Puerta Real, que copió más tarde Pedro Balaguer en la de Serranos de Valencia; San Félix de Gerona, de planta románica; la Atarazana de Barcelona, en cuya ciudad domina el arco de medio punto, como en el Salón de la Lonja, en la Portada de la Casa del Concejo, en el Salón de Ciento y en la puerta que comunica el claustro de nuestra Seo con la Capilla del Santísimo Sacramento.

Resumiendo: Santa Catalina da el tipo en planta y en alzado para las iglesias, los claustros, el rosetón y algún campanario como el de San Félix de Gerona; pero, dentro

de la composición en el nuevo estilo, siempre se echa de ver un afán por recordar el pasado, esto es, el estilo nacional de Cataluña, cuyas leyes están hondamente infiltradas en la sangre de nuestros artistas. No es sólo en las bóvedas ni en los arcos, sino en la decoración escultural, la cual llega á ser gótica al fin y al cabo, pero no parecida á la septentrional, sino de un carácter naturalista típico y de sobriedad peculiar, y de todas maneras recordando más la escuela alemana que la francesa de la época en la Isla de Francia.

En la arquitectura civil va á acogerse como en su último baluarte la forma románica al avanzar el siglo xiv. Dejan las casas señoriales de ser fortalezas habitadas para ser sólo habitaciones fortificadas. Á esta idea responde el predominio de los macizos sobre los huecos que se observa en todas las construcciones del siglo en que parece fijarse definitivamente el estilo que Viollet le Duc y otros califican de aragonés, esto es, las puertas semicirculares con arco de dovelas larguísimas, ventanales con maineles delgados recordando los de la *Palheria* de Lérida, y dinteles de calado muy poco distinto del semicírculo, todo cobijado por cornisas con modillones, después de sacudida en parte la tradición lombarda de las bandas y arcuaciones. Ésta es la arquitectura típica que Street encontró y admiró desde Perpiñán á Valencia; y la que en el hospital de Santa María de Lérida, bajo el hermoso doselete gótico perfecto que cobija la imagen labrada por Andrés Pi, en pleno siglo xv, coloca el invariable portal semicircular de aire indiscutiblemente románico.

En Cataluña todo estilo que no fuera el románico tardó mucho en infiltrarse en nuestra sangre. Así los esplendores del estilo gótico que vemos en nuestra Catedral, en la Capilla del Sacramento, las alas del claustro, el templete de San Jorge y la puerta de Santa Eulalia son posteriores á las pasmosas sacudidas del Renacimiento italiano, cuando Bruneleschi, desde 1420 á 1434, construyó la famosa cú-

pula de la Catedral de Florencia y algo más tarde (1445), el no menos famoso Palacio Pitti.

Y si examinamos la escultura ornamental, no dejaremos de hallar bien pronto la factura convencional y poco acentuada de la arquitectura románica, puesto que algunos ejemplos, como las Portadas de Ripoll y Agramunt y aun los claustros de Gerona y San Cugat del Vallés, nos huelen á tradición extranjera.

Voy á terminar, señores académicos. He intentado demostrar que el estilo arquitectónico que en Francia erigió Saint Germain des Prés; que en Inglaterra fué calificado de normando y cuenta con obras como las iglesias de Elly y Winchester y las catedrales de Norwich y Durham; que en Italia se distinguió en los monumentos de Pisa, y que en las orillas del Rhin fué llamado lombardo y produjo obras como las catedrales de Spira, Maguncia, Worms y Banberg, fué el que nuestra patria adoptó como típico y nacional á través de las épocas, tal vez por lo mucho que tenía de romano. No ignoráis por fortuna que Cataluña ha tenido siempre trato directo con la gran metrópoli que un día la colonizara, y que esta Roma ejerció, especialmente en el interior, mucho mayor influencia que las colonias griegas, rodias y focenses, fundadas en la costa de Levante. Así, en el campo de Tarragona, podemos reconstituir el *ager romanus*; sus tipos étnicos nos recuerdan los bustos de las monedas coloniales, y el espíritu jurídico que informa sus actos de propietario, sus usos y costumbres, los restos de su indumentaria, su lenguaje y las tradiciones monumentales, son romanas por sus cuatro costados en todo lo que es esencial; ésta fué la base que dió origen á la arquitectura nacional de Cataluña. Ahora bien, cuando un arte ostenta tan noble ejecutoria, ¿merece que se abandone su tradición gloriosa, para echarse en brazos de la última corriente exótica que atraviesa el país? ¿Debemos resucitar los delirios de la época de Luis XV en Francia, cuya influencia avasalladora penetró hasta lo

más recóndito de nuestros sagrados templos góticos? No. Y, por lo tanto, vemos con dolor que, para alcanzar un éxito pasajero, nuestros arquitectos olvidan la vieja tradición para alistarse en las filas de un arte cuyos secretos no poseen y cuyo lenguaje ignoran. Enhorabuena que en Inglaterra se siga la doctrina proclamada por Ruskin y practicada por Morris, Burne Jones y Walter-Crane, en la decoración interior; que en Bélgica se haga aplicación de los procedimientos que en el año 93 del siglo pasado trascendieron al exterior de los edificios; que Otto Wagner, en Viena, haya fundado la escuela de los *secesionistas*; que Berlín, Darmstadt, París y aun Turín y el resto de Italia sigan la zarabanda; todo ello para nosotros no es más que infeliz aplicación de los principios racionalistas del gran Viollet le Duc, cuya memoria se ofende con tal proceder, sobre los principios del arte decorativo japonés. Ese arte, según Reinach, no tiene *Credo*, no tiene expresión social, ni carácter de época; sólo consiste en huir de la tradición. ¡Ah, señores! Se quiere huir del anacronismo de época y se cae en el arte sin patria. En nombre del pasado glorioso de Cataluña, hay que protestar de ese arte inactual y exótico, que sólo sirve para enloquecer inteligencias débiles y enfermizas.



EXCLÒS DE PRÉSTEC



Universitat Autònoma de Barcelona

Servei de Biblioteques

Reg. _____

Sig. KL/10776

Ref. 12500

UNIVERSITAT AUTÒNOMA
DE BARCELONA
FACULTAT DE LLETRES

.....
.....
.....